

Claudia Agostoni, *Monuments of Progress. Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910*, University of Calgary Press/University of Colorado Press/Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, Calgary, 2003, 228 pp. (Latin American and Caribbean Series).

La preocupación por resaltar la modernidad, afanosamente buscada por el régimen de Porfirio Díaz, ha captado la atención de diversos investigadores en los últimos años, tratando de combatir así la leyenda negra que por mucho tiempo nubló la última etapa del siglo XIX. El libro que ahora nos ocupa se puede insertar en dicha corriente, a la que también pertenecen las tesis doctorales de Lilian Briseño, "Lo particular y lo social en el porfiriato. La vida diaria en la ciudad de México 1877-1911" (UNAM, 2002); Ramona Pérez Bertruy, "Parques y jardines públicos en la ciudad de México, 1881-1911" (COLMEX, 2003), y algunas otras más que están en proceso. Estas investigaciones dan cuenta de la necesidad reconocida por nuestra historiografía de explicar las características del proceso de modernidad desde diversos puntos de vista.

Uno de los aspectos que más atención ha recibido en estos estudios es el económico, analizado desde la perspectiva del progreso material que vivió México durante el porfiriato, pero también es necesario resaltar que en forma casi simultánea se han realizado estudios sobre el papel de los monumentos dentro de este proceso de modernidad. En mis propias investigaciones he podido percibir que se trata de un proyecto con un desarrollo paulatino que se fue gestando a lo largo del siglo XIX y que alcanzó su punto más álgido precisamente durante la larga dictadura

de Porfirio Díaz. Fue entonces cuando, de una manera más que intensa, la historia se materializó mediante estatuas a los héroes reconocidos como tales por el gobierno en turno. Este proceso de heroización se insertaba dentro del proyecto de construir una nación. En tanto rector de los destinos de sus gobernados, el Estado configuró una memoria histórica homogénea que reconoció a los principales personajes y momentos del pasado, sumiendo en el olvido a todos aquellos que no fueran acordes con la ideología dominante o que tuvieran un significado opuesto a sus planes. Así, el Paseo de la Reforma, concebido como un eje monumental, tuvo como objetivo mostrar el Estado porfiriano y sus alcances monumentales. Se volvió, pues, un espejo de la modernidad y la integración de nuestro país al concierto de las naciones civilizadas.

Claudia Agostoni, licenciada en Estudios Latinoamericanos, maestra y doctora en Historia, investigadora del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, ha dedicado su atención al estudio de las políticas y programas de salud pública. En el libro que nos ocupa ha realizado una investigación muy compleja en la que busca establecer las conexiones entre la modernización y la salubridad en el último tercio del siglo XIX. Originalmente, este trabajo fue presentado como tesis doctoral en el King's College de Londres, Inglaterra. Su objetivo es analizar y discutir por qué las obras públicas encarnaron material y simbólicamente la confianza de la era del orden y el progreso en el contexto de una sociedad no considerada como moderna, y por qué las autoridades pensaron que transformarían a la ciudad de México en un medio ambiente que propiciara la salubridad.

Según Agostoni, la elite gobernante intentó modificar el aspecto visual y las condiciones sanitarias de la ciudad, también como una legitimación del Estado porfiriano. Pero esta modernización tuvo sus mayores alcances en la ciudad capital, que se convirtió en el foco de las más altas inversiones, hecho congruente con el poder económico y político del centralismo porfiriano. Ello no implica que las otras capitales del país no se inscribieran en los procesos de modernización en términos urbanos, aunque en la ciudad de México se hizo más evidente. A lo largo del texto se intenta demostrar la vinculación existente entre el discurso científico, la profesión médica y la centralización burocrática. Así pues, se reseñan las acciones llevadas a cabo por los profesionistas de la medicina para aplicar las más novedosas teorías, con el apoyo de las autoridades, para combatir las enfermedades producidas por las pobres condiciones sanitarias de la ciudad. Y como un corolario para la propuesta de orden y progreso, se realizan diversas obras públicas que son inauguradas durante las fastuosas fiestas del centenario del inicio de la independencia en 1910.

Uno de los principales problemas a que se enfrentó la autora fue el poder plantear la contradicción entre los proyectos de modernidad y las dificultades de la realidad para llevarlos a cabo. El afán modernizador fue uno de los anhelos de finales del siglo XIX en los distintos países de América Latina, no obstante las condiciones particulares de cada región, que fueron el resultado de un largo proceso de enfrentamientos políticos, carencias económicas y conflictos sociales. Por ello, en muchas ocasiones todo quedó en buenas intenciones o, cuando mucho, las obras

resultaron selectivas, ya que beneficiaron a los sectores más acomodados de la sociedad, y dejaron en la misma situación, si no es que más precaria, a la capa más baja de los habitantes de la ciudad. Así, la realidad acabó imponiéndose a la propuesta.

Si bien la bibliografía en la que se apoya la autora no es exhaustiva ni demasiado actualizada, sí le permite contextualizar la problemática que presenta. Respecto a las fuentes de primera mano —en particular los documentos conservados en los archivos mexicanos e ingleses, así como los periódicos de la época—, le proporcionan un material de una gran riqueza, aunque lamentablemente la abundancia de datos no necesariamente implica que sean analizados con la profundidad deseada.

Por lo que se refiere a las imágenes incluidas, éstas adquieren el carácter de una mera ilustración, sin que en el cuerpo del texto se realice el más mínimo análisis que requiere este apoyo iconográfico. Se extraña asimismo la presencia de algunos mapas de la ciudad que ubiquen los monumentos o que muestren el crecimiento de la ciudad. Éstos enriquecerían considerablemente la información contenida en el libro.

Cabría preguntarse qué tanta vigencia y proyección llegaron a tener los proyectos analizados dentro de la realidad modernizadora del porfirato y, sobre todo, cómo identificar la modernidad en ese momento. En la actualidad, los símbolos de la modernidad porfiriana aún se conservan en la ciudad de México, aunque tal vez se ha modificado su significado. Precisamente en ese afán modernizador, al momento de escribir estas líneas se efectúa una remodelación del Paseo de la Reforma, proyectado originalmente por las autoridades porfirianas como un libro

“abierto de la historia”. La propuesta es desplazar el monumento a Cuauhtémoc para facilitar la vialidad de uno de los cruces más importantes de la ciudad: Reforma e Insurgentes. Este plan ha indignado a propios y extraños, pero lo que no se ha comprendido cabalmente es que el monumento volverá a su emplazamiento original, modificado durante la presidencia de Miguel Alemán. ¿Deberíamos entender, entonces, que la modernización de la ciudad implica, a principios del siglo XXI, un retroceso en el tiempo o un regreso a la invención de la historia?

Verónica Zárate Toscano  
INSTITUTO MORA

*Pancho Villa: retrato autobiográfico, 1894-1914*, edición preparada por Guadalupe Villa y Rosa Helia Villa, pról. Juan Ramón de la Fuente, UNAM/Taurus, México, 2003, 548 pp.

Francisco Villa sigue siendo uno de los personajes más controvertidos en la historia moderna de México y de la frontera norte, en particular. La bibliografía de publicaciones secundarias sobre este personaje es muy extensa, si bien en la mayoría de los casos se trata de crónicas, relatos, novelas, etc. En cambio, ha habido relativamente pocos estudios sobre Villa escritos con un rigor profesional o académico.

Las publicaciones de primera mano sobre Pancho Villa y del movimiento villista también son escasas. Por ello, damos la bienvenida a la presente obra, editada por dos autoras quienes han dedicado muchos años de sus vidas al estudio del villismo. El libro en cuestión consiste en las

remembranzas que Villa dictó a su ayudante Miguel Trillo. Éste, a su vez, las entregó en taquigrafía al coronel Manuel Bauche Alcalde, quien fungió durante un tiempo como editor del periódico villista *Vida Nueva: Órgano Político y de Información*, editado en Chihuahua. El relato abarca un periodo de dos décadas en la vida de Villa (1894-1914), que coinciden con su formación y ascenso como jefe guerrillero.

La primera –y más sustancial– sección del libro trata del periodo desde 1894, cuando Doroteo Arango (el verdadero nombre de Villa) trabajaba como mediero en el rancho Gogojito, propiedad de la familia López Negrete, que formaba parte de la hacienda de Santa Isabel de Berros, municipio de Canatlán, Durango, hasta su incorporación al movimiento maderista en 1910. Villa revela que, en varias ocasiones durante este periodo, intentó –y a veces lo logró– dejar de ser bandido y establecerse en negocios legítimos relacionados con algún aspecto del comercio de ganado. Asimismo, por medio de varias anécdotas, revela su astucia innata que le serviría, una y otra vez, durante las campañas revolucionarias.

También de interés particular son las ideas de Villa en torno a los objetivos y las metas de la *lucha revolucionaria*. Propuso que, después del triunfo de las armas rebeldes y de la desmovilización de las fuerzas revolucionarias, fuera establecida una serie de colonias militares en el norte de México. Los ex soldados serían los integrantes de estas colonias, se dedicarían cuatro horas diarias a las faenas agrícolas, mientras el resto de la jornada la ocuparían en prácticas militares para que, en caso de una invasión del país, pudieran ser movilizados rápidamente por el gobierno. Lejos de ser una idea “utópica”,